



AÑO II.

DOMINGO 29 DE ABRIL DE 1860.

NÚM. 25.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Vista general de Larache.—Calle de Tetuan.—Retrato de uno de los que formaban el acompañamiento de los Plenipotenciarios marroquíes.—Puño de baston que la Sociedad Amistad Zamorana regala al Excmo. Sr. Duque de

Tetuan.—Reconocimiento verificado por el Excmo. Sr. Duque de Tetuan en Sierra Bermeja.—Oficial y marinero francés del Ejército de Cochinchina.—Cadena de seguridad, empleada por la Guardia Civil.

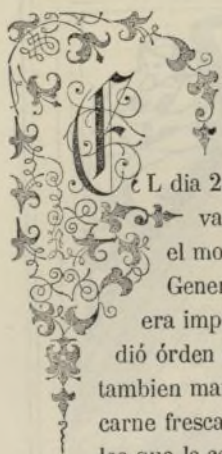
Texto. La guerra de Africa.—Crónica de la semana: exterior é interior.—Isla de Fernando Póo.—Prisioneros de guerra.—Curiosidades.—Novela.—Condiciones de la suscripción.



Vista general de Larache.

Ayuntamiento de Madrid

LA GUERRA DE ÁFRICA.



El día 24 de marzo, al amanecer, se levantaron las tiendas para proseguir el movimiento sobre Tánger; pero el General en Jefe se convenció de que era imposible verificarlo en aquel día, y dió orden de volver á plantar las tiendas; también mandó que se diese una ración de carne fresca á cada soldado, previniéndoles que la cocieran para el día siguiente.

El General en Jefe se ocupaba de hacer los preparativos y reconocimientos necesarios para forzar al día siguiente el paso del Fondak, cuando á eso de la una del día se presentaron otra vez en nuestro campo los comisionados de Muley-el-Abbas. En aquella mañana se había notado que en lo alto de un cerro que ocultaba la meseta del Fondak, habían asomado los moros una bandera blanca muy grande; pero nuestros Generales no hicieron caso, porque creían que eran señales que los moros usaban entre sí. Los comisionados presentaron al General en Jefe una carta del Califa, en que manifestaba los vivos deseos que tenía de que se hiciese la paz, y solicitaba celebrar otra conferencia en que pudieran ponerse de acuerdo y firmar los preliminares. No queriendo el General en Jefe retardar el movimiento sobre el Fondak, contestó á los comisionados que si el Califa admitía las condiciones que le había propuesto, se verificaría la entrevista, debiendo avisarle la hora en que había de tener lugar antes de las seis y media de la mañana del día siguiente.

El día 25, á las cuatro y veinte minutos de la mañana, un cañonazo dió la señal al Ejército de levantar tiendas y prepararse para marchar: todas las músicas rompieron el toque de diana. Las tropas continuaban municionándose y acabando de hacer los últimos preparativos para emprender la marcha, cuando á las cinco y media llegó un moro á caballo á toda brida, con una bandera blanca en la mano, y tomó la dirección del cuartel general; otros tres moros llegaron poco después que el primero. Dijeron al General en Jefe que Muley-el-Abbas llegaría entre ocho y nueve de la mañana para que celebrasen la entrevista. Acto continuo salió un Oficial de ingenieros con una sección de zapadores y una acémila cargada, y plantaron una tienda de campaña á 600 pasos de las avanzadas, en el valle que se encuentra á la entrada del Fondak. El General en Jefe dió orden de poner los ranchos y que los soldados conservasen la ración de carne para el día siguiente. Dos moros á caballo acompañaron al Oficial de ingenieros encargado de plantar la tienda donde había de verificarse la entrevista, y ejecutada esta operación, unos y otros se retiraron juntos á cobijarse bajo la sombra de un árbol próximo.

A las ocho y media de la mañana se ve descender á Muley-el-Abbas por la garganta que conduce al Fondak, seguido de un numeroso y lucido escuadrón, y al llegar al llano avanza á galope; pero observando que el General en Jefe no había llegado, se

detiene á un cuarto de legua de la tienda. El General en Jefe, seguido de su cuartel general, de un hermoso escuadrón de coraceros en traje de gala, y de 50 guardias civiles de caballería, vestidos de gala también, se dirige al valle; deja el cuartel general y la escolta á 300 pasos de la tienda, y se dirige hacia ella seguido de los Generales.

Muley-el-Abbas continúa su marcha muy pausadamente; el General en Jefe rebasa la tienda y le sale al encuentro. A veinte pasos de la tienda se unen, y á las nueve y cuatro minutos se dan la mano y se dirigen al sitio de la conferencia. Se apean; Muley insta al General para que entre primero, pero este se opone, y después de varios cumplidos, el Príncipe africano entra el primero en la tienda.

El día estaba sereno, pero excesivamente caluroso. El fértil valle, sembrado de árboles y cubierto de verdura en que se hallaba plantada la tienda, presentaba una vista magnífica: las montañas que le rodeaban estaban cubiertas de Oficiales y soldados, que contemplaban llenos de orgullosa satisfacción aquel acto, prueba evidente del valor y del heroísmo con que se habían conducido en toda la campaña.

La numerosa escolta marroquí quedó formada á 200 pasos de la tienda; la nuestra continuó en el mismo sitio que antes ocupaba. Un moro, al parecer Ayudante del Príncipe, toma un taburete y se sienta junto á la tienda, cuya puerta daba al Norte. Un General español se aproxima y habla con él. Entonces los dos se dirigen hacia la escolta marroquí, que se hallaba en el lugar ya indicado, formada y teniendo cuatro banderas, una roja al costado izquierdo, otra verde bronce en el centro y dos encarnadas al costado derecho. Cerca de la tienda se forma un grupo de ocho moros y cinco españoles. A las nueve y treinta y cuatro minutos, dos guardias civiles de caballería se colocan á veinte pasos de la puerta de la tienda y de espaldas hacia ella. A las diez se apea parte de la caballería marroquí y á las diez y cuarto la nuestra. El Ayudante moro enseña su alfange al General español y vuelve á sentarse sobre el taburete; el General examina el alfange y reconoce y toca el traje del moro. A las diez y veinte minutos el General García entra en la tienda, sale pocos momentos después, habla con otro General y vuelve á entrar. A las diez y veinte y cinco minutos dos Generales entran en la tienda, salen pocos momentos después y forman corro con algunos moros, de los cuales entran dos en la tienda. A las once y cuarto cinco moros y el Ayudante se dirigen á su escolta, la cual forma, y montan á caballo los que se habían apeado. El General García entra y vuelve á salir de la tienda. A las once y diez y ocho minutos Muley-el-Abbas sale de la tienda, habla con un moro, le acercan el caballo y monta. El General en Jefe sale después, da la mano á Muley, le señala el camino de Tánger, monta á caballo, y colocándose á su derecha le acompaña hasta su escolta. Cuatro moros y un Ayudante español se dirigen á todo escape al campamento de nuestro Ejército. Al llegar donde estaba la escolta marroquí, Muley-el-Abbas se para, da la mano al General en Jefe y á otros Generales que van pasando por delante de él. El General en Jefe, con su acompañamiento, se dirige á escape al campamento; el Príncipe africano continúa

parado contemplándolos hasta que hubieron andado unos doscientos pasos, y entonces vuelve su caballo de repente y marcha seguido de los suyos: sube la cordillera que da entrada al Fondak y por todas partes se ven salir un número inmenso de moros formando un semicírculo, por medio del cual pasa el Príncipe sin detenerse hasta ocultarse á la vista de nuestros soldados.

En la conferencia el Príncipe aceptó todas las condiciones propuestas por el General en Jefe, haciéndose una modificación solamente en cuanto á la indemnización pecuniaria que quedó reducida á 400 millones de reales en lugar de 500 que había exigido primero el General en Jefe, quien interpretando fielmente los sentimientos generosos de la nación española, no pudo menos de acceder á esta pequeña exigencia del Príncipe africano, respetando la desgracia y dignidad de un enemigo valiente y que merece consideración y no desprecio. En aquel día quedaron firmados los preliminares de la paz y un armisticio, cuyo texto de ambos documentos insertamos á continuación:

«Bases preliminares para la celebracion de un tratado de paz que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuan, Conde de Lucena, Capitan General en Jefe del Ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe.»

D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuan, Conde de Lucena, Capitan general en Jefe del Ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la Reina de las Españas, y por S. M. el Rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebracion del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo 1.º S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.º Del mismo modo, S. M. el Rey de Marruecos, se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano, en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.º S. M. el Rey de Marruecos ratificará, á la mayor brevedad posible, el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, que los Plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4.º Como justa indemnizacion por los gastos de guerra, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la Reina de las Españas la suma de 20.000.000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.º La ciudad de Tetuan, con todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre, quedará en poder de S. M. la Reina de las

Españas como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnización de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.º Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nación mas favorecida.

Art. 7.º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que mas convenga para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.º S. M. el Rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tánger.

Art. 9.º S. M. la Reina de las Españas nombrará desde luego dos Plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el Rey de Marruecos estienda las capitulaciones definitivas de paz. Dichos Plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo mas breve posible, que en ningun caso excederá de 30 dias, á contar desde el de la fecha.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.»

ARMISTICIO.

Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el tratado de paz entre España y Marruecos por D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuan, Capitan general en Jefe del Ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos, y Príncipe del Algarbe, desde este dia cesará toda hostilidad entre los dos Ejércitos, siendo la linea divisoria de ambos el puente de Buceja.

Los infrascriptos darán las órdenes mas terminantes á sus respectivos Ejércitos, castigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kabilas, y si en algun caso lo verificasen á pesar suyo, autoriza al Ejército español á castigarlas, sin que por esto se entienda que se altera la paz.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.»

Tal ha sido el fin ventajosísimo para España, correspondiente á la guerra sustentada con tanta gloria por nuestro sufrido y valerosísimo Ejército.

Apenas el General en Jefe llega al campamento, circula la noticia de que la paz está firmada, y multitud de personas acuden á saludarle y felicitarle. Las músicas, los vivas y los abrazos y enhorabuenas que los soldados y Oficiales se dan mutuamente por haber salido con felicidad de la campaña celebran con alborozo tan fausto suceso.

Dícese que Muley-el-Abbas dijo al General en Jefe que la infantería española era irresistible. Aquella tarde á las cuatro emprendió el Ejército el movimiento de retirada, y acampó en diferentes puntos al lado acá del puente del Buceja. Los moros se acercaban amistosamente y andaban con sus espingardas por entre las filas de nuestros soldados. En toda aquella noche no hubo novedad.

El dia 26 al amanecer acudieron muchos moros al campamento pidiendo galletas, que nuestros soldados les daban con la misma humanidad y generosidad que lo habian hecho con los habitantes de Tetuan. Los moros enseñaban sus armas, vendian algunas, y pretendian comprar los sables, las carteras, y, sobre todo, los revolvers de los Oficiales. Al retirarse algunas fuerzas hácia sus antiguos campamentos encontraron mas de 10,000 moros en el camino parados viéndolas marchar. Muchos moros de rey de caballería cuidaban de que los moros, especialmente los kabilas, no cometieran el menor desmán con nuestros soldados, cortando la cabeza ó dando de palos al que intentó entregarse en mal hora á sus instintos de rapiña.

JOSÉ SIDRO Y SURGA.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.

La atención de Europa se halla en estos momentos fija en los desagradables sucesos de que es teatro la Sicilia, y acerca de los cuales vamos á presentar un extenso cuadro, tomado de una carta de Palermo cuya fecha es el 10.

Los palermitanos no han permanecido como simples espectadores de la insurrección; casi todos los que tenían armas se batieron el 4 por la mañana en el convento de la Gancia. Cuando se vieron obligados á abandonar este edificio, asediado por fuerzas mucho mas superiores en número, se retiraron ordenadamente por la puerta de Termini y se dirigieron hácia Bagaria. Las tropas los persiguieron durante algun tiempo con un fuego bastante vivo de fusil y de artillería. Cuando los sublevados llegaron á Bagaria habia dos escuadrones napolitanos que se encerraron en sus cuarteles y enviaron á pedir auxilio á Palermo.

Al dia siguiente un batallón de infantería mandado, segun dicen, por el General Souris atacó la población. Los insurrectos no juzgándose con fuerzas para esperar á pié firme al enemigo, se dispersaron por las casas, detrás de las tapias que hay al lado del camino, é hicieron fuego contra los napolitanos, causándoles considerables pérdidas; pero no pudieron impedir que rescatáran, si así puede decirse, á los de caballería que seguían encerrados en los cuarteles, y con los cuales se volvieron á Palermo proclamando victoria, á pesar de haber dejado la población en poder de los sublevados. El sábado 7, y esta mañana 10, han intentado desalojarlos, pero han sido rechazados con pérdida.

En Bagaria partió el primer disparo de manos de una mujer, que á los pocos momentos cayó atravesada de veinte balas. No han faltado, como es de presumir, trágicos episodios. Un esbirro cayó en manos de los bagariotas, y fué colocado por estos en medio del camino por donde venían los napolitanos con una bandera tricolor en la mano y la orden terminante de permanecer quieto en aquel sitio. Cuatro insurrectos escondidos detrás de una pared, apuntando incesantemente al infeliz le obligaban á cumplir rigurosamente la terrible prescripción. Cuando los napolitanos llegaron cerca del pueblo y vieron un hombre que al parecer provocaba su indignación ostentando la bandera tricolor, lo acorralaron á balazos.

Ha pasado ya una semana desde que estalló la insurrección, y segun parece los insurrectos no han perdido aun aliento. Pocas son las armas que tienen, pero detrás de cada hombre armado van dos compañeros, para apoderarse de su fusil en el caso de tener que retirarse del combate por herida ó muerte. Todos los sicilianos son buenos tiradores, y es raro que se desperdicie una de las balas que disparan.

Hallábanse, en el momento en que se escribió la carta á que nos referimos, diseminados alrededor de Palermo, acechando la ocasión, á manera de guerrilleros, de causar daño á las tropas, y no aventurándose á combates en que la superioridad táctica de estas puede prometerse ventajas. Sin embargo, algunas veces se han presentado reunidos en columnas de 3 á 400 hombres y han caído sobre la tropa

impensadamente. Así parece que ha sucedido cerca de Colli al Oeste de Palermo, donde han conseguido batir un batallón protegido por cuatro piezas de artillería de campaña. Bajo la metralla que vomitaban esos cañones se lanzaron los insurrectos con tal ímpetu, que los napolitanos hicieron bastante en poderse retirar con orden y sin perder las piezas.

Toda la apatía y frialdad que á primera vista constituye el carácter de los sicilianos, desaparece tan luego como empuñan un arma para entregarse al combate. En tales casos, dando solo oído á la venganza, se despiden de sus mas caros objetos y se lanzan con desesperado impulso á satisfacer su encono ó á morir. Su denuedo podría decirse que raya en delirio, pues ni se cuidan siquiera del instinto de su propia conservación.

Citase como ejemplo de ese desesperado coraje el hecho siguiente:

Uno de estos últimos dias estaban formadas dos compañías de infantería en la puerta Macqueda: cuatro hombres del pueblo, desembocando de una callejuela, se lanzaron contra ellas disparando sus fusiles.

Tres soldados cayeron muertos, y á pocos pasos de distancia los cuatro palermitanos quedaron tambien inánimes en el suelo.

Pero si el ataque es furioso, no es menos terrible el esfuerzo que se hace para reprimirlo. Varias casas de ciudadanos pacíficos han quedado reducidas á ceniza, y esta mañana se han incendiado los Colli, donde habia casas de campo magníficas. Hace algunos dias cayó gravemente herido un pobre anciano al llevar pan á su familia, y el miércoles por la tarde fué herida de muerte una mujer que cometió la imprudencia de asomarse á una ventana para ver lo que ocurría.

No se entienda que al referir estos sucesos, propios de todas las sublevaciones, se trata de inculpar en lo mas mínimo á los napolitanos, que por el contrario puede decirse que están dotados de un carácter bondadoso. Tales desgracias suceden indispensablemente cuando el modo de combatir del enemigo hace con razon sospechar que tras de cada esquina, tras de cada puerta hay un individuo que acecha la ocasión de consumir una venganza.

Palermo, sin embargo, seguía bastante tranquilo. La aristocracia no pudiendo concurrir personalmente á la consumación de los sucesos que acabamos de referir, envía á los insurrectos toda clase de recursos. Hace pocos dias fué detenido en las puertas de la ciudad un carro cargado de colchones, entre los cuales se hallaron dos sacos de dinero y un plano de la ciudad con exactas indicaciones del número de soldados y cañones que habia en cada puerta y en cada plaza.

Hace dos dias que se hallan cortadas las comunicaciones telegráficas entre Palermo y Trápani, de lo cual puede inferirse que la insurrección ha estallado tambien en este punto, y que los napolitanos lo habrán evacuado.

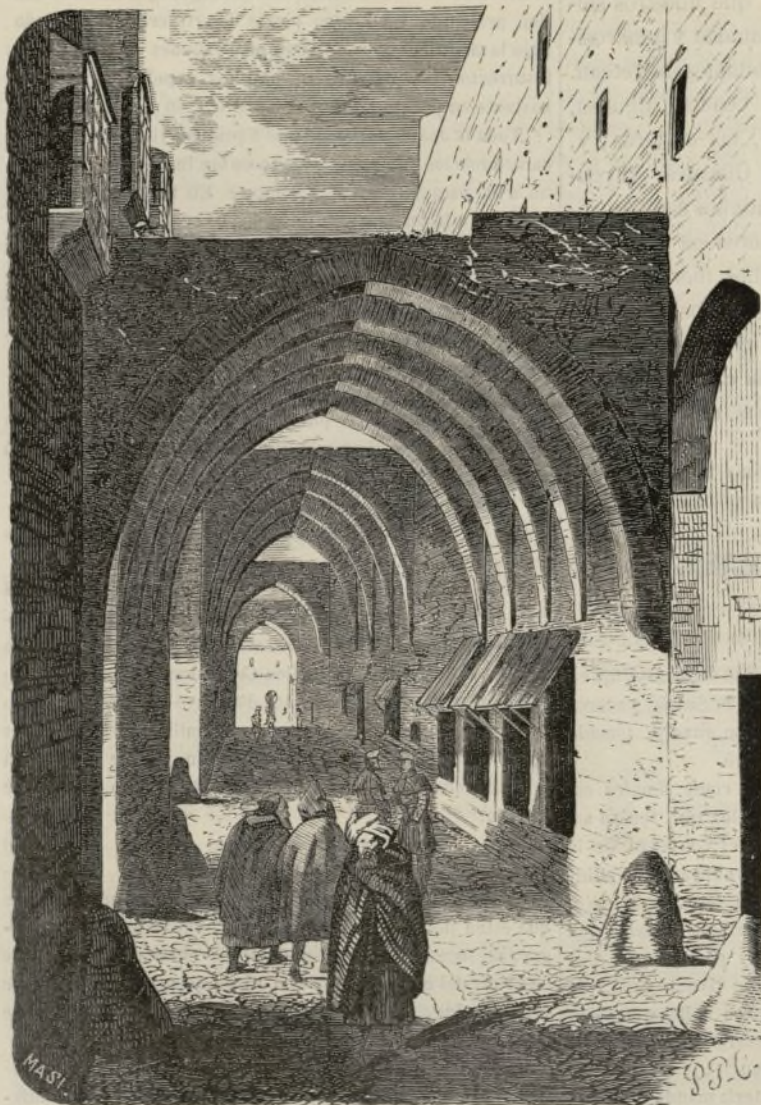
Tambien se decía que estos habian renovado ayer y hoy el combate contra Bagaria siendo rechazados como la vez anterior, y por último, corria el rumor de que una masa bastante numerosa de sublevados se habian reunido en una población inmediata, estableciendo en ella la residencia de una Junta revolucionaria.

Ha sido admitida la dimisión que ha presentado el Archiduque Alberto del Gobierno de Hungría, en el cual será reemplazado por el General Benedek. Créese que este nombramiento satisfará los deseos de aquel país, y que juntamente con otras providencias que están á punto de tomarse, se conseguirá conjurar del todo la tempestad que empezaba ya á dejarse sentir.

INTERIOR.

El jueves por la tarde obsequiaron con un espléndido banquete los artilleros residentes en Madrid á sus compañeros del Ejército de Africa. Suspendemos la descripción de ese suceso á fin de poderlo ilustrar con un grabado en uno de los próximos números.

Debemos á nuestros lectores una descripción de los últimos sucesos, desenlace del drama que, principiando en las Baleares, ha venido á concluir en las márgenes del Ebro entre silbidos de los escasos apasionados de su principal actor y aplausos de la multitud poco aficionada á representaciones de ese género trágico.



Calle de Tetuan.

(Remitido por nuestro corresponsal D. A. Calderon.)

Después de la dispersión, ó sea conjuro de ¡Viva la Reina! dado por las tropas leales en la Creu del Coll, la consabida tartana pudo seguir rodando con toda velocidad hasta dejar en lugar, al parecer seguro, su ilustre cargamento, burlando la vigilancia de las autoridades civil y militar de Tortosa y Valencia. Este distrito no había podido ser ocupado militarmente por falta de fuerzas, mas apenas desembarcaron en San Carlos de la Rápita los primeros batallones de Granada y Borbon, pudo el señor Brigadier Ballesteros desarrollar, como de costumbre, su acendrado celo por las instituciones vigentes, y el país quedó en disposición de no poder pasar ya furtivamente por él ninguna tartana.

Apenas se establecieron en los puntos designados las compañías destacadas, cuando el Capitán de la segunda de Borbon, D. Juan Ozaya, recibió, ó mas bien dicho, sorprendió sagazmente la noticia de haber pasado por las casas de San Jordi y Valls, dos personajes misteriosos. Puso esta noticia en conocimiento de las autoridades competentes; el Comandante general del Maestrazgo dispuso el somatén del día 15, y las compañías de Borbon y Granada prosiguieron sus operaciones como acostumbraban hacerlo en Africa, es decir, perfectamente bien.

Esta vigilancia y el bien dirigido movimiento de tropas que tenía lugar en el Maestrazgo, obligaron á los fugitivos á buscar un asilo en Uldecona, y así lo verificaron, ocultándose en casa de un labrador llamado Francisco Gandalla.

No pudo esto hacerse con tanto secreto que no llegara á oídos de un tal Espinosa, que al verse el día 20 trasladado al sitio en que espiró el ex-General Ortega, y al ser conminado con que sufriría la suerte de este, si no revelaba el sitio donde estaban ocultos los sujetos que se buscaban, se atuvo á esto último, y facilitó el desenlace.

Inmediatamente dispuso el Capitán general de Cataluña saliese á las diez de la noche el Mayor de plaza para Ulde-



Puño de baston que la Sociedad AMISTAD ZAMORANA regala al Excmo. Sr. Duque de Tetuan.



Retrato de uno de los que formaban el acompañamiento de los Plenipotenciarios marroquíes.

(Remitido por nuestro corresponsal D. A. Calderon.)

cona. Así se verificó, y habiendo llegado con un Oficial y algunos guardias civiles al punto designado, y después de dar parte al señor Brigadier Ballesteros, pasó á la casa de Francisco Gandalla, y tomadas las precauciones convenientes, redujo á prisión á los que habían venido á buscar una corona, el Conde de Montemolin y su hermano D. Fernando.

A las cuatro de la mañana salieron para Tortosa y al llegar á las once, fueron depositados en una casa dispuesta al efecto. De allí á una hora se trasladaron á pie y acompañados del Comandante general, el Mayor de plaza, y otros Oficiales al parque de ingenieros, donde el Conde de Monteagut, Alcalde de Tortosa, les había preparado una habitacion amueblada del modo correspondiente á su elevada cuna.

Durante el tránsito por las calles de Tortosa, se vió al Conde de Montemolin sonreír varias veces con el Comandante general; su hermano D. Fernando por el contrario, se presentó revestido de grave seriedad, sin abatimiento de ninguna especie, y en la actitud que mas convenia á su situación.

El Ebro, que cerca de sus fuentes vió en otro tiempo nacer las pretensiones que varias veces durante siete años han teñido de sangre sus raudales, es por una extraña coincidencia el que ahora paga tributo á los mares llevándose, para sumergir en sus abismos, las últimas esperanzas del mal aconsejado Conde.

ISLA DE FERNANDO PÓO.

VII.

Los habitantes de la isla de Fernando Póo, aparte de los europeos, pueden reducirse á dos clases: la mas numerosa es la indígena de la isla, la cual se distingue por el nombre

de *bubí*, epíteto que le dieron los ingleses, y que quiere decir tontos, pues tal es el significado de la voz inglesa *bóbee*, que se pronuncia así; la segunda clase es la de los negros advenedizos naturales del continente africano que pasan á vivir á la isla. Los ingleses llamaron *bubís* á los negros de Fernando Póo sin duda por lo holgazanes que son, y tuvieron mucha razón, porque son la personificación de la haraganería. Sus ocupaciones ordinarias son bailar, cantar y estarse en conversacion mano sobre mano. No conocen otra necesidad que la indispensable de comer, la cual satisfacen muy fácilmente con el ñame que la tierra les produce con escaso trabajo, que por lo regular lo hacen las mujeres; ellas tambien son las que hacen la pesca, para lo cual forman á orillas del mar unas pozas con piedras, en las que entra el pescado cuando sube la marea, quedando preso cuando las aguas se retiran. De esta manera, y con tan poco trabajo, satisfacen los naturales de Fernando Póo sus mas

imperiosas necesidades. A pesar del cariño con que los han mirado algunos de nuestros comisionados y misioneros, han formado muy mala idea de las facultades que manifiestan tener para el trabajo. Tambien elaboran un poco de aceite de palmas, que juntamente con el ñame que les sobra, cambian por aguardiente y tabaco, á que son muy aficionados. Con este objeto suelen ir algunas veces á la capital de la isla; y por cierto que da compasion ver cómo van las pobres mujeres del país cargadas de pies á cabeza y los haraganes de sus maridos detrás de ellas con un palo en la mano, ni mas ni menos que como van en nuestro país los arrieros detrás de sus caballerías. Los que viven á mayor distancia de la capital suelen ir á ella en canoas, y muchos de los negros advenedizos que viven en Santa Isabel se ocupan en hacer expediciones á los pueblos de los *bubís* para hacer en ellos los espresados cambios. En los puertos de San Carlos y de la Concepcion, que son los puntos mas distantes de la capital,

los comerciantes ingleses tienen negros comisionados con depósitos de tabaco, pólvora, aguardiente, pipas é instrumentos cortantes para hacer los cambios con los indígenas. Los *bubís* son tan poco aficionados á moverse de sus pueblos, que los menos de ellos son los que han ido á Santa Isabel; muchísimos no han visto nunca á ningun blanco, y hasta se espantan de los negros que van vestidos cuando los ven en los montes. Crian tambien gallinas, y ademas del aceite de palma, extraen de este árbol un licor á que son muy aficionados, que llaman *topé*, y que ofrecen como un gran regalo á los blancos.

Van enteramente desnudos, y solo llevan un pequeño tapa-rabo, que por lo comun es de hojas de palma, en obsequio de la honestidad. El rostro lo tienen horriblemente afeado con las cicatrices de las hondas cortaduras que cuando niños les hacen en la cara. Todos ellos llevan un cuchillo atado con un junco al brazo izquierdo, del que únicamente



Reconocimiento verificado por el Excmo. Sr. Duque de Tetuan, en Sierra Bermeja.
(Remitido por D. F. de M. H.)

hacen uso para cortar las ramas, raices y marañas que en el bosque les impiden el paso; y compañera inseparable del cuchillo es la pipa, que llevan sujeta en el mismo sitio cuando no fuman, tal como está en el grabado que dimos en el número 19. Los reyes ó caciques de los *bubís* ó sus deudos, suelen llevar, los varones, unos botines hechos de conchitas y tegidos de juncos, y las mujeres collares de lo mismo y de gruesos avalorios. Algunos, así de la aristocracia como de los plebeyos, porque tambien entre ellos existen desigualdades de condicion social, se untan con grasa de animales, restregándolo despues con barro encarnado; con el mismo barro forman sobre su cabeza una espesa capa, con lo que la abultan extraordinariamente, y aumentan su deformidad con largos tirabuzones del mismo barro que les caen sobre los hombros. Cubren la cabeza con sombreros de palma muy chatos, á manera de platos, adornados con plumas de colores, y se los sujetan á la cabeza con un palito que

clavan en la gran capa de barro que les cubre el pelo. Los corococos ó reyes llevan como distintivo de su autoridad ciertos collares que son unas morcillas hechas de tripas de perro, cabra y otros animales, llenas de grasa. Son tambien muy aficionados á llevar collares de avalorios, vidrio, uñas de animales y cuernecitos adornados con plumas á manera de un talisman. Con todos estos adiosos suelen despedir un olor desagradable y nauseabundo.

J. S.

PRISIONEROS DE GUERRA.

(Conclusion.)

Sumariamente, y como convenia al tratar de un asunto que tan penosos sentimientos debe escitar en el ánimo, ha-

blamos en otro artículo anterior del inhumano trato que en los tiempos remotos daban á los prisioneros, aun aquellos pueblos que mas se distinguian por su civilizacion.

Igualmente apartamos la vista de las escenas que la irrupcion de los bárbaros del Norte produjo en la fértil Europa; bárbaros que entre sus terribles armas contaban la peste que trataban de escitar amontonando de propósito cadáveres al pie de los muros de las plazas sitiadas, y procurando infestar las aguas.

Si hoy, en medio de los evidentes progresos de la civilizacion, son tan incalculables los males que la guerra trae en pos de sí, fácil es comprender á qué extremo llegarían estos cuando las causas que contribuían á declararla no eran por lo regular mas que el implacable deseo de venganza ó el prurito de usurpacion.

La edad media ofrece tambien horribles ejemplos de ferocidad. Al marchar Thierry contra los turingios el año 538,

recordó á sus Ejércitos las crueldades que habian cometido.

«Ni la infancia, les dijo, segun Gregorio de Turs, pudo hallar privilegio contra su desalmado furor: veíanse multitud de niños suspendidos de los árboles por el muslo, y mas de doscientos jóvenes fueron descuartizadas por los caballos: otras personas fueron clavadas al suelo por medio de estacas, y sobre ellas se hicieron pasar carros cargados con enormes pesos. Allí quedaban sus cadáveres para pasto de los perros y las aves de rapiña.»

Clotario II, en otra expedición contra los sajones, asoló el país en disposición que no quedó árbol ni hombre cuya altura hubiese escedido la de su espada. Ese mismo desgraciado pueblo fué igualmente objeto de los rigores de Carlo-Magno.

La entrada de los primeros cruzados en Jerusalem dió tambien á entender, por notables rasgos de fiereza, los heterogéneos elementos de que se componía aquella expedición, y el encono que contra el nombre sarraceno abrigan los pueblos de Occidente. Los expedicionarios, en el primer ímpetu, pasaron á filo de espada cuantos sarracenos hallaron á su paso.

Una inmensa multitud de individuos de todos sexos se precipitaron hácia el templo de Salomon, y si bien consiguieron salvar por de pronto la vida, no tardó en volverse á encender el encono de los vencedores, y cayendo al día siguiente sobre ellos Tancredo y Gaston les hicieron sufrir la misma suerte de los que yacían sin vida por las calles.

Ricardo Corazon de Leon, al apoderarse de Ascalona, envió al Tártaro, segun poética espresión de un autor contemporáneo, todos los servidores de Mahoma que encontró en su recinto, y cuyo número no bajaba de doce mil.

Por su parte los sarracenos no solo correspondían á tales actos, sino que los provocaban, combinando con la crueldad mas refinada actos de perfidia de que apenas hay ejemplo. Sabido es que en la época á que nos referimos existía en aquellas regiones una sociedad política que con el nombre de *Asesinos* ó hijos del *Viejo de la Montaña*, que así se llamaba su Presidente, estaban obligados á matar á cuantos les designaba el fanatismo de sus superiores. Esta secta convirtió sus misteriosos puñales contra los cruzados, sacrificando víctimas escogidas que luego, por parte de sus amigos, eran vengadas con torrentes de sangre.

Curiosa en extremo creemos, por lo tocante á la disciplina de los cruzados, la orden dada por uno de sus mas célebres caudillos al embarcarse. Ese interesante documento decía así:

«Ricardo Corazon de Leon, por la gracia de Dios, Rey de Inglaterra, á todos los que se hallen dispuestos á ir por mar á la Tierra Santa, salud: Sabed que por consejo de nuestros prudentes varones hemos establecido los siguientes reglamentos: Aquel que mate á otro hallándose á bordo de un buque será atado al cadáver y arrojado con él al mar. Si el homicidio ocurriese hallándose en tierra, el que lo haya cometido será tambien atado al cadáver y enterrado con él. Al que fuere convicto de haber echado mano al cuchillo para herir á otro, ó le hubiese hecho sangre, mandamos que se le corte la mano. El que dé un bofetón á otro será sumergido tres veces en el mar. Si alguno dice oprobios á su compañero ó lo insulta y le desea la maldición de Dios, tendrá que pagar tantas onzas de plata cuantas veces se haya proferido el insulto. Sobre la cabeza del acusado ó convicto de robo se derramará pez hirviendo, que luego se cubrirá de plumas, á fin de que el reo sea conocido de todo el mundo. Despues de esto se le dejará abandonado en la primera tierra á que el buque arribe.»

«A los desgraciados prisioneros, dice Suger, que en 1126 cayeron en manos del Ejército de Luis VI al sitiar el castillo de Montferrand, cerca de Clermont, se les mutiló la mano derecha, y atándose á la otra, fueron devueltos á sus compañeros los de la fortaleza.»

Consolador es seguramente fijar la vista, despues de esas horribles escenas y de otras que por su enormidad omitimos, en el afortunado cambio que los modernos tiempos han venido produciendo en los sanguinarios instintos que por do quier despertaba la cruel necesidad de dirimir las cuestiones por medio de las armas.

La humanidad no puede menos de recordar con placer las escenas que el mundo ha presenciado durante la última campaña de los franceses en Italia, cuando los heridos de

ambos Ejércitos beligerantes, reunidos en un mismo hospital, se repartían recíprocamente las finezas con que el entusiasmo italiano obsequiaba á los que llamaba sus libertadores.

Por desgracia ese magnífico espectáculo de que tanto puede aplaudirse la generación actual, era horriblemente contrastado en otro remoto país, segun puede verse de la siguiente correspondencia publicada con fecha del 11 y 17 de noviembre en el *Englishman*.

«La primera división del Ejército del Indo ha llegado esta mañana á Jellalabad, y los zapadores y minadores se han puesto ya á la obra para destruir las baterías. Dentro de dos días esta ciudad no será mas que un montón de ruinas humeantes. Todo debe quedar destruido, porque en verdad nada se nos escapa.

«En Istaliff no se ha perdonado ni á un solo hombre, estuviese ó no armado; á nadie se ha dado cuartel. Han sido cazados como ratones, y á nadie se le ha ocurrido la idea de conceder gracia. Donde quiera que los cipayos encontraban el cuerpo de un Affghan daban fuego á sus vestidos á fin de que la maldición inherente al hombre que muere devorado por las llamas; recaiga tambien sobre sus hijos!

«Desde que hemos salido de Caboul ha quedado tan perfectamente sentada nuestra reputación, que, segun parece, los Affghanes de Pishawer y la mayor parte de los habitantes huyen de aquella ciudad. Hemos asado muchos mas Affghanes que estos han podido asar ingleses, y verdaderamente yo mismo he visto asquerosas muestras de ese género de cocina á que se dedican especialmente los cipayos así que cae en sus manos algun herido. Hemos saldado cuentas, nada les debemos.»

Tal vez esos fenómenos de crueldad podrían explicarse por alguna de las razones que un Oficial del Ejército inglés que operaba en Portugal en 1811 daba al Marqués de Wellerley en un parte fechado en Cartaxo el 29 de junio, en el cual decía entre otras cosas:

«El Ejército francés es sin disputa una maravillosa máquina; pero si pensásemos en formar otro que se le pareciera, nos sería indispensable establecer á la vez un gobierno semejante al que tiene aquella nación, que impunemente puede perder cada año, por efecto de las privaciones y fatigas, la mitad del Ejército que pone en campaña. En seguida tendríamos que reclutar nuestro Ejército de soldados procedentes de todas las clases de la población, esto es, de hombres buenos por su rango y por su educación, de medianos y de malos, y no como nuestra nación hace especialmente de picaros.»

De todas maneras, salva esa escepción, el mundo puede congratularse de ese humanitario progreso, de ese espíritu de caridad, de que tan notables ejemplos ha tenido tambien la fortuna de dar nuestro Ejército en Africa, respetando la propiedad y hasta partiendo su propio sustento con los feroces enemigos que acechaban su paso como el de una fiera.

F. M.

CURIOSIDADES.

El baston cuyo dibujo acompañamos es un obsequio del círculo de *La Amistad Zamorana* al Excmo. Sr. Duque de Tetuan.

La ejecución de esa preciosidad artística, pues bien merece esta calificación, es debida á la inteligencia del conocido diamantista D. Celestino Ansorena. Compónese de una escogida caña de Indias, en cuyo puño de oro cincelado, esmalte negro y brillantes, figuran tres medallones grandes coronados de otros tres de menor dimensión. En los primeros se leen en letras de esmalte negro las palabras *La Amistad Zamorana*, *Al ilustre caudillo* y *D. Leopoldo O'Donnell*; en los segundos ó sea los mas pequeños hay inscritos estos nombres: *Negron*, *Tetuan* y *Gualdras*. En el plano del pomo campea una *T* gótica de brillantes con una corona ducal.

La contera es tambien de oro cincelado y los trofeos de banderas y cañones que la componen resaltan por su brillante ejecución; finalmente, las borlas de oro y seda están por su delicado trabajo en armonía con el todo.

El conjunto de la obra, tanto por su ejecución como por el buen gusto que en ella resplandece, es digna de la repu-

tación del señor Ansorena y por ella le felicitamos cordialmente, deseándole nuevas ocasiones en que pueda acreditar que su bien dirigido taller nada tiene que envidiar á los mas acreditados del extranjero.

Reproducimos el dibujo de las cadenas llamadas de seguridad, y usadas por la Guardia Civil para la sujeción de criminales aprehendidos. Compónese la cadena de unos eslabones formados por cuatro alambres como se ve en la figura *F*. En un extremo tiene una argolla *C*, á poca distancia otra *B* y en el opuesto otra *D* de la que pende el candado *E* con su llave. Pasa la cadena por las argollas *B*, *C*, dejando unos huecos *A*, *A*, que es por donde entran las muñecas del criminal. Se tira del extremo *D* y los huecos *A* *A* se reducen hasta oprimir fuertemente las muñecas. En esta forma se da vueltas al ramal *D*; el candado *E* se sujeta á la argolla *B*, y quitando en seguida la llave queda el preso imposibilitado de poder hacer uso de sus brazos.

Pocas personas sabrán seguramente que el patriarca del escepticismo, Voltaire, hubiese ocupado tambien en asuntos militares el indomable fuego de su activa imaginación. No contento con sus trabajos históricos y literarios; derramó tambien su volcánica inteligencia en asuntos concernientes al arte de la guerra.

El filósofo soñando en máquinas de destrucción, es verdaderamente un contrasentido que apenas nos atreveríamos á divulgar si no pudiéramos acompañarlo con documentos.

Hé aquí una carta que el autor de la *Merope* escribió en 18 de junio de 1757 al Duque de Richelieu:

«Os ruego tengais á bien tomaros la molestia de hacer que Florian os detalle la máquina cuyo diseño le he entregado. La máquina ha sido ya ejecutada y le ha inspirado ya el convencimiento de que con 600 ginetes puede destrozarse en una llanura un ejército de 10,000 hombres. Yo le confíe este secreto propiamente mío, en un viaje que hizo á Delices el año pasado. Habló acerca de él á Mr. Argenson y este mandó en el acto ejecutar el modelo. Si esta invención es útil, como lo creo, ¿A quién mejor que á vos podría confiarla? Un rutinario, un hombre apegado á rancias preocupaciones y acostumbrado á no salir de un círculo vulgar, no es á propósito para nuestro proyecto. Se necesita una persona de imaginación, un hombre de génio, y vos sois seguramente el que reúne esas circunstancias. Algo de ridículo hay por parte mia en haber acometido esa empresa, pero si un fraile con carbon, azufre y salitre, pudo variar el arte de la guerra en este pícaro mundo. ¿Por qué razón no ha de poder un emborronador de papel como yo, prestar de incógnito algun pequeño servicio?

Estoy en la firme inteligencia que ni cien mil romanos, ni cien mil prusianos, no resistirían á sus efectos. Lo malo es que mi máquina no es buena sino para una sola campaña, pues así que sea conocida, será completamente inútil. Pero entre tanto ¿qué satisfacción el poder desbaratar irremisiblemente todo lo que se presente en una campaña! Creo que este es el único recurso contra los vándalos victoriosos. Ensayad dos máquinas de esas contra un batallón ó un escuadrón; estoy seguro que no podrán resistirlas.»

¿Qué máquina, qué terrible ingenio de guerra era esa con que el satírico poeta pensaba aturdir el mundo, y ponerse á nivel del fraile que con carbon, salitre y azufre, habia cambiado el aspecto de la guerra en este pícaro mundo? ¿Qué nueva invención, qué nuevo portento habia imaginado para asolar la humanidad el que tan ardientemente preconizaba sus invulnerables derechos? Preciso es contener la risa; no era mas que un carro armado de hoces, un carro falcado á imitación de los que se usaron en los tiempos antiguos, cuando el fraile no habia inventado la pólvora; cuando la ciencia estaba en su infancia; cuando apenas habia otras armas que las que el furor suministra al mas rudo que se deja dominar de su obcecación. El favorito de las musas no hubiera conseguido seguramente muchos laureles en el terreno de los hechos.

Francia posee 400 puertos de mar: 86 en el Canal, 251 en el Atlántico y 85 en el mar Mediterráneo. De estos hay 145 en las costas del Imperio, 176 en las desembocaduras de los rios y 79 en las costas de las islas adyacentes.

El apresto de buques se ha aumentado desde 10 años acá

por cinco millones de toneladas, y se ha fijado el total en 13 $\frac{1}{2}$ millones en la proporcion siguiente: Marsella con 3,000, Havre con 2,000, Bordeaux con 1 $\frac{1}{2}$ mil toneladas. Un apresto de 200,000 á 700,000 se ha repartido entre Arles, Boulogne, Brest, Caen, Calais, Cette, Dieppe, Dükirehen, Honfleur, Nantes, Rouen y Foulon.

Entre 100,000 á 200,000 toneladas, Barta, Bayonne, Blaye, Boue, Charente, Cherbourg, Granville, Lorient, Rochelle, Rochefort, St. Malo, St. Mazaire y Tonnay; 12 otros puntos entre 50,000 y 100,000 toneladas; todas las demas representan menos.

Francia cuenta en los últimos 500 años, 336 de guerra repartidos de este modo: 56 en la guerra civil; 40 en la de religion; 76 combatiéndose en la misma Francia, y 178 en el extranjero. En todo el referido tiempo se han dado 188 grandes batallas.

EPISODIO DE LA GUERRA DE BRETAÑA,

escrito en francés

POR MR. OCTAVE FEUILLET.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

IV.

(Continuacion.)

Hervé se reunió con el joven edecan en una cueva lejana, en el momento en que este acababa de descubrir un cerrojo enorme que cerraba una especie de trampa ó de puerta baja y ancha, practicada en la pared, y á la cual se llegaba por una pendiente áspera. Ambos jóvenes, reuniendo sus esfuerzos, lograron correr el cerrojo; en seguida bajó la puerta como un puente levadizo, y la luz del día, penetrando á torrentes en el subterráneo, les hizo conocer que la casualidad les habia conducido á la abertura misteriosa por donde en la víspera se habian ocultado las lavanderas tan oportunamente, y que habia dado paso al asesino de Roberto. La puerta estaba formada con tablas gruesas de madera de encina, forrada por dentro con planchas de hierro, y revestida por fuera con una ligera capa de mamposteria que se ajustaba herméticamente con la del resto de la pared. Los jóvenes aprovecharon aquella abertura para salir del subterráneo; pero en el momento en que ponian los piés fuera de la trampa, oyeron fuertes gritos en la cueva, é iban á precipitarse de nuevo al interior de ella, cuando Bruidoux apareció triunfante, arrastrando de una oreja á un cautivo de una especie inesperada.

A los gritos del veterano sargento, los granaderos, el guarda-bosque y el brillante grupo de las emigradas habian acudido al pié de la pared. El preso, colocado en medio del círculo curioso que le rodeaba, se ocupaba tranquilamente en restregarse los ojos, para disipar el efecto deslumbrador que le habia producido la súbita luz del sol. Era un niño de unos diez años, con ojos azules y fisonomía graciosa; su negra cabellera estaba cortada en cuadro en la frente; y flotaba por detrás sobre su espalda: llevaba una chaqueta larga de paño pardo y unos calzones anchos. A la primera mirada que fijó Hervé en el muchacho le conoció y fijó en seguida en Kado una ojeada de reconvencion y de compasion, á la que el guia contestó con una seña imperceptible de dolor. Al mismo tiempo, las mujeres habian cambiado entre sí á hurtadillas miradas de tímida confusion.

—Figuraos, mi Comandante,—dijo Bruidoux,—que este doble hijo de lavandera dormia como un liron sobre un monton de paja. Su mamá le habrá olvidado en el barullo. Tanto por gestos como hablando, le he dirigido dos ó tres preguntas de urbanidad, pero el señorito parece que desconoce las buenas costumbres, y permanece mudo como un pez.

Mientras el sargento hablaba, el niño habia dirigido en torno suyo una mirada atónita; luego cruzando los brazos en la espalda, dijo con una candidez perfectamente fingida, si no era cierta:

—¡Oh! ¡oh! ¡qué caballeros tan majos y que señoras tan

hermosas! Buenos días, señores. Decidme, ¿qué venís á hacer en este país?

—¿Qué estabas tú haciendo; galopin?—exclamó Bruidoux.—¿Vas acaso á pedirnos ahora nuestros pasaportes?

Todas las dudas que aun podia conservar Hervé acerca de la doblez con que le trataban, se habian convertido casi en realidades ante las facciones bien conocidas del niño cautivo; pero el joven Oficial, conmovido por la angustia que revelaban los labios pálidos y contraídos de Kado, vacilaba para aprovechar en aquel momento las ventajas de su posicion.

—Amiguito,—dijo al niño,—tienes cara de ser demasiado listo para representar un papel de idiota. Es preciso que nos digas la verdad, pues de lo contrario ni aun tu corta edad podrá librarte de un castigo severo. Has pasado la noche con gentes que tenemos fundados motivos para considerar como enemigos nuestros.

—¡Ya lo creo!—murmuró Bruidoux;—aun cuando no fuese mas que el dichoso puñetazo....

—¡Silencio! sargento,—repuso Hervé.—Dime, niño, ¿quién te ha traído aquí?

—Ha sido la Groac'h,—dijo el niño,—la Groac'h del valle.

—¡La Groac'h!—exclamó Bruidoux interrumpiéndole;—¡yo te compondré! ¿Fué esa bribona tambien la que hizo el disparo?....

—Ciudadano sargento, concluyamos,—dijo Hervé con viveza.—Esto no es incumbencia nuestra; no perdamos mas tiempo en interrogar al chico, y contétese Vd. con registrarle. Su persona pertenece á la ley, que ha herido á cabezas mas jóvenes que la suya, aunque me cueste sentimiento recordarlo; pero en eso debieran haber pensado las personas sin corazon que han sacrificado á la pobre criatura.

—Sí, sí—dijo el muchacho,—siga Vd. con su empresa, que la hada me salvará. Aquí para entre nosotros, señores, diré á Vds. que es mi mujer.

—Y probablemente será este su regalo de boda,—repuso Bruidoux sacando del bolsillo del adolescente prisionero un peon con su cuerda.—Mejor hubieras hecho, amiguito, con atenerte á este juego, que como Vds. saben, ciudadanos, no es una diversion de potentados, sino simplemente un recreo honrado y democrático. Cuando yo tenia la edad de este muñeco, pasaba el domingo y el resto de la semana jugando con un ciudadano de este calibre en el pórtico de la iglesia; lo cual hacia decir al cura de nuestro pueblo, que yo concluiria por donde habia comenzado, es decir, por la cuerda. Y todo era porque un día le hiqué el clavo de mi peon en sus zapatos de hebilla, para dar gusto á mi padre que era zapatero.

El veterano sargento, mientras decia esto, habia arrojado la cuerda con suma destreza, alrededor del peon, despues de lo cual le echó al suelo, observó un momento sus rápidas evoluciones con paternal sonrisa, y luego, bajándose de improviso, le cogió en la palma de la mano derecha y continuó aplaudiendo con dulce hilaridad las infinitas rotaciones del ciudadano.

Entre tanto las mujeres acababan de montar á caballo; Kado se habia acercado para tener el estribo al Comandante Hervé, y este inclinándose al oido del breton, le dijo á media voz:

—Recibe Vd. severo castigo por haberme engañado, Kado, y yo tambien pago la pena de haber creído en la buena fé de Vd.

El anciano guarda-bosque se estremeció y contestó, con la vista fija en el suelo:

—Sí, señor, sí, la prueba es dura, y sé que pudiera haber sido peor si Vd. hubiese querido.... Ha tenido Vd. compasion del pobre niño.... ¿Se le llevará Vd?

—Si hubiese de cumplir con mi deber, Kado, me llevaria al padre con el hijo.

—El niño es tan débil, mi amo.... Me recreaba en mirarle, porque su difunta madre y él parecen una misma persona.... Dicen que Alix tiene mucha semejanza conmigo; pero el muchacho es el vivo retrato de su madre. Es muy débil, señor Comandante, y si al cabo de todo esto hay cárcel, ó....

El guarda-bosque se interrumpió llevándose la mano á la garganta como si le sofocase la violencia de la emocion.

—Kado,—repuso Hervé,—ya he cedido demasiado á los impulsos de antiguos sentimientos de que vosotros pareceis hacer muy poco caso. ¿Podeis y queréis confesarme en alta

voz, delante de esos hombres, lo que pasa y lo que se está tratando?

El breton, despues de haber mirado en torno suyo con ademan de dolorosa indecision, alzó una mano hácia el cielo y dijo con tono enérgico:

—¡El niño está en manos de Dios!

—¡Soldados, de frente, marchen! gritó Hervé.

—Mí Comandante,—dijo Bruidoux llevando agarrado del cuello de la chaqueta al hijo del guarda-bosque,—¿sabe Vd. que este chiquillo queria poner sus piernas en precipitado movimiento para ir á reunirse con su esposa?

—Le confio á la custodia de Vd., sargento; Vd. me responde de él.

—En ese caso, acércate, hijo mío,—repuso Bruidoux cogiendo una correa fuerte y larga que habia servido para atar paquetes. Pasó un extremo de la correa alrededor de su cintura, ató fuertemente el otro al cuerpo del muchacho, y de este modo se incorporó con el destacamento que bajaba por la colina de las ruinas, medio envuelto entre los vapores postreros de la mañana.

V.

Noble paladin, no sigas cabalgando; ceja y vuélvete atrás, porque te hacen traicion.

(CRÓNICA ANTIGUA.)

Ese fardo terrible de la vida, ¿no parece que es mas fácil sobrellevarle cuando, á los dulces rayos del sol de la mañana, bajo un cielo puro y diáfano, se pone uno en camino, á pié ó á caballo, por entre floridos sotos, ó ante azulados y despejados horizontes, con el pecho lleno de un aire tan fresco como el cristalino rocío que dibuja perlas y brillantes en las corolas de las flores?

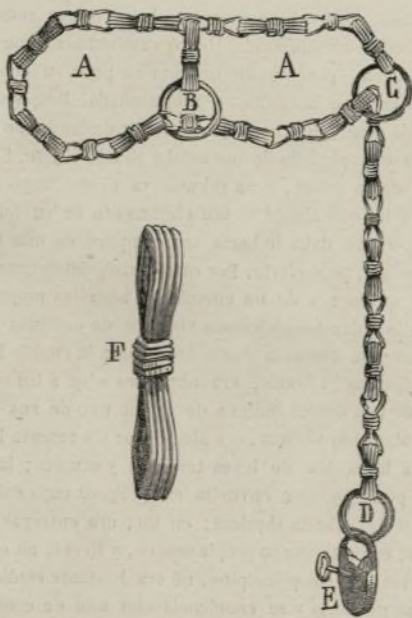
En ese primer instante de bienestar en que el hombre parece rejuvenecerse, con todos los órganos descansados y funcionando con entera regularidad, se siente una especie de revelacion luminosa del beneficio de la existencia, y causa sorpresa haberlo desconocido hasta entonces, al contemplar el cuadro encantador y delicioso en que Dios la ha colocado se regocija el hombre de haber nacido. Para otro hombre que os habla de la cotizacion de los fondos ó de las elecciones, queda roto el encanto; la creacion divina se echa á perder.

La dulce serenidad de estas sensaciones irreflexivas se pintaba en el semblante de nuestros viajeros. Solo Hervé y el anciano guarda-bosque mostraban en sus semblantes una espresion meditabunda. Hervé caminaba algunos pasos á vanguardia, procurando ordenar un poco su conciencia conmovida y su imaginacion atormentada. Despues de lo que habia ocurrido, ya no podia tener dudas, sino acerca de la clase de perfidia de que estaba siendo objeto. Su derecho, y aun su deber, eran rehusar ya desde luego su proteccion á las que abusaban tan claramente de su buena fé; cada paso que daba le hacia ser cómplice de una traicion desconocida, pero cierta. Por otra parte, interrogar con el rigor de un Juez y de un enemigo á aquellas mujeres con quienes le unian los poderosos vínculos de antiguos recuerdos, era una empresa harto árdua para la cual le faltaban valor y fuerzas; además, era abrir los ojos á los soldados acerca de una doblez indigna de la que uno de sus compañeros habia sido víctima, era abandonar sin reserva las emigradas á la accion de leyes terribles y crueles; la misma Andrea podia hallarse envuelta en peligros cuya existencia acaso no sospecharia siquiera; en fin, era entregar débiles mujeres, era entregar su propia sangre, y Hervé, no obstante la severidad de sus principios, no era bastante estóico para cargar su memoria y su conciencia con uno de esos rasgos que las exageraciones pasajeras de una política cruel pueden ensalzar; pero que las eternas leyes grabadas en el corazon del hombre reprueban y juzgan como infames. Hervé, para librarse de esta ansiedad, adoptó la resolucion de continuar el viaje hasta Kergant, esperando que se presentaria alguna ocasion para reparar aquel olvido momentáneo de todos sus deberes, y proponiéndose en todo caso ponerse á disposicion del General tan luego como llegase, confesándole francamente sus culpas.

El pensamiento de Hervé, mas libre ya entonces, se fijó en un objeto mas leve y ligero, pero no mas delicado, es decir, en la pluma blanca arrojada desde la ventana del



Oficial y marinero francés del Ejército de Cochinchina.



Cadena de seguridad, empleada por la Guardia Civil.

cuarto de Mlle. de Kergant, y cuya significación verdadera era difícil adivinar. Y en primer lugar, ¿era efectivamente de Bellah aquella pluma? Una mirada rápida de Hervé le cercioró de que el elegante sombrero de la joven no estaba adornado ya con el penacho. Esto parecía decisivo; pero al propio tiempo conoció con disgusto y tedio, que el sombrero de su hermana Andrea había perdido también su flotante adorno, lo cual volvía a ponerlo todo en estado dudoso. Andrea que, desde el momento de ponerse en marcha, estaba en acecho, no dejó de reparar en la doble mirada de su

hermano. En seguida dió un latigazo á su caballo y le hizo avanzar hasta colocarse junto al del joven.

—¡Hermano mio,—dijo,—qué mañana tan deliciosa!.... Llevas un sombrero particular, gallardo Comandante.

Al oír la palabra sombrero, Hervé, que ya desconfiaba bastante de su hermanita, sintió que se aumentaba su turbación, y comenzó á silbar hostigando á su caballo, con el objeto de tener un pretexto para no contestar; pero Andrea no era mujer que se dejase arredrar tan fácilmente.

—Comandante,—repuso,—teneis un sombrero particular, muy particular.

—¿Y por qué es particular?—dijo al fin Hervé, viendo que no podía eludir la pregunta.

—¿Por qué? por lo chato y bajo que es.... ¿Por qué no le pones un penacho?

De todas las palabras de la lengua, *penacho* era la mas á propósito en aquel instante para importunar á Hervé.

—¡Penacho!—repitió maquinalmente y á media voz.

—Penacho,—dijo Andrea saltando sobre la silla de su caballo.

—¿Has pasado bien la noche?—preguntó Hervé.

—Bastante bien, señor Comandante, bastante bien; solo que he tenido un penacho, quiero decir, un sueño de todos colores, ó lo que es lo mismo, empenachado.

—¿Qué penacho has pisado esta mañana, hermanita? Y á propósito, ¿qué has hecho del que tenias en tu sombrero?

—¡Cómo! ¿acaso no le tengo ya?

¡Ay! ¡Dios mio! se me olvidaba: me le llevó el viento anoche.

—¿Y el viento, segun parece, ha tratado del mismo modo á tu amiga?

—¡Ja! ¡ja!—esclamó la joven riendo,—ya estamos.... No, el viento solo se ha llevado una pluma; pero ¿cuál ha sido? Eso es, precisamente, ciudadano, lo que he prometido no decirte, porque si te lo revelase, serias demasiado feliz, y en resumen, esa es la razon porque no te lo explico.

Y Andrea, al concluir de pronunciar estas palabras, volvió riendas y se dirigió á galope hácia sus compañeras.

Mientras el Comandante Hervé olvidaba en meditaciones mas gratas y lisongeras los pesares de su situación equívoca, el Teniente Francis espía de reojo, con un placer harto poco disimulado, las facciones y todos los movimientos de la hermosa hermana de su amigo. El enamorado Oficial parecía tener tan particular interés en este estudio, y ademas se consagraba á él con tal asiduidad, que Mlle. de Pelveu no hubiera podido dejar de reparar en ello, aun cuando no se hubiese hallado dotada de tan maravillosa perspicacia. Rara vez sucede que á una mujer le disguste llamar la atención de un hombre de regular aspecto y educación, y mas raro suele ser que deje de mirar con buenos ojos al hombre que le juzga digna de sus obsequios. Se puede añadir á esto que, si el observador, por cualquier razon de política ó de pandillaje, se encuentra clasificado entre los enemigos de aquella mujer, esta circunstancia produce generalmente el efecto de prestar un sabor mas grato á la sensación que experimenta. El buen porte y esbelto talle de Francis, su fisonomía traviesa, la coquetería de adolescente que le hacia retorcer las guías de su bigote y colocar su sombrero ladeado sobre su rizosa cabellera, le formaban un aspecto de paje que era á la vez cándido, impudente y gracioso. Así pues, Mlle. Andrea no tenía razon alguna plausible para formalizarse con sobrada esquivéz por lo que sucedía.

Solo que, como toda joven que conoce que la están

observando con una curiosidad especial, tan pronto permanecía mas silenciosa y tranquila que de costumbre, como, por el contrario, parecia hallarse poseida por un demonio locuaz y agitado, que comunicaba á su lengua y á toda su persona una actividad prodigiosa. Francis, que creía estar ya enamorado hacia siglos, juzgó que pasaria por un nécio si no se declaraba sin tardanza de una manera significativa. Clavó las espuelas á su caballo, pasó y volvió á pasar por delante de Hervé como para adiestrar á su cabalgadura, desapareció un momento en un bosquecillo, y volvió á galope, ocultando cuidadosamente un ramito de flores silvestres, hermosas y aromáticas, que algunos minutos antes habia oído elogiar á Andrea. Por fortuna, la joven precedía á la sazón á la canonesa, á una distancia de algunos pasos, y Francis se detuvo bruscamente delante de ella.

—Señorita,—le dijo presentándole su ramillete, tome Vd. esto de parte de su hermano.

La mentira era evidente. Si Andrea hubiese tenido tiempo suficiente, siquiera para prever este suceso y reflexionar acerca de él, el joven era hombre perdido; pero la ignorancia del peligro y la temeridad admirable que dá á los enamorados de la edad de Francis, les asegura el beneficio de la sorpresa, beneficio que con frecuencia suele ser considerable. Andrea, sin saber á punto fijo lo que hacia, tomó las flores y se inclinó balbuceando algunas palabras de agradecimiento.

(Se continuará.)



EL MUNDO MILITAR,

SALE TODOS LOS DOMINGOS

Con objeto de facilitar mejor la adquisicion de esta publicacion y dar una prueba de agradecimiento á los muchos suscritores que sin serlo de la *Gaceta* lo han hecho al *Mundo*, la Direccion ha dispuesto que desde 1.º del año corriente sea 10 rs. en vez de 12 el precio á los no suscritores á la *Gaceta Militar*.

En España.

Para los suscritores á la GACETA MILITAR.	Para los no suscritores.
1 mes. 8 reales.	1 mes. 10 reales.
3 id. 24	3 id. 30
6 id. 46	6 id. 57
1 año. 83	1 año. 100

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses.	100 reales.
1 año.	190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses.	140 reales.
1 año.	260

Se suscribe en Madrid en la Administracion, calle de San Bernardino, núm. 7; y en las librerías de *Mora*, Puerta del Sol; *Duran*, calle de la Victoria; *Bailly-Baillière*, calle del Principe; *Lopez*, calle del Carmen, y *Olamendi*, plazuela de Pontejos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos, y en las de los correspondientes de la *Gaceta Militar*.

NOTA. En provincias no se admite suscripcion por menos de tres meses.

Otra. No se servirá suscripcion alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los correspondientes, á cuyo aviso no se acompañe el importe.

Los números sueltos se venderán á 4 reales.

REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Un magnífico mapa de gran tamaño del imperio de Marruecos, estampado en papel de superior clase, á todos los que se suscriban en los meses de diciembre y enero.

Siempre que las circunstancias y objetos lo requieran, se darán en hojas sueltas planos y magníficas láminas litografiadas á colores.

El número 1.º salió el día 13 de noviembre.

NOTA IMPORTANTE.

Las suscripciones se empezarán á contar desde el día 15 de noviembre, y cada seis meses se formará un tomo, para lo cual se repartirá una bonita cubierta.

Los señores suscritores que hayan pagado hasta fin de enero á razon de 12 rs., se les abonará la diferencia de los 2 rs. de enero para el trimestre inmediato.

Los nuevos señores suscritores que no lo sean á la *Gaceta* y que lo verifiquen con las condiciones citadas mas arriba, pagarán 12 reales por los meses de noviembre y diciembre, y 10 desde enero próximo.

Por todo lo no firmado, el Secretario D. José Sordo y Sarga.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

Madrid: Imp. y Litografía militar del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.